

SHEILA CARAPICO

El G-8, la disidencia liberal y los atentados de Londres

Los atentados del 7 de julio en Londres lograron desviar la atención mundial de las reclamaciones que se hacían al G-8 sobre condonación de la deuda externa a muchos países pobres y medidas contra el cambio climático. A la vez, dieron el protagonismo a George W. Bush y a Tony Blair, a su discurso de “nosotros contra ellos” y al repliegue de las libertades civiles. También les permitieron apropiarse de la agenda de los activistas que reclamaban esas medidas. Fue un acto de destrucción sin sentido, que acalló visiones alternativas sobre qué es Occidente o el “mundo civilizado”, y sobre lo que debería hacer sobre una serie de problemas económicos y medioambientales. Lejos de debilitarlos, fortalecieron a los centros de poder del sistema mundial.

Los organizadores de Live 8, la campaña musical de los famosos, de una semana de duración, a favor de que se aumente la ayuda a los países golpeados por la pobreza y se condone su deuda externa, anunciaron su concierto del 6 de julio en un estadio de Edimburgo como “la celebración del grito mayor y más potente para acabar con la pobreza que haya visto el mundo”.

A la mañana siguiente, en la hora punta, cuatro atentados con explosivos coordinados en el sistema de transporte de Londres le robaron el protagonismo al bien orquestado espectáculo internacional y entregaron el micrófono a Tony Blair y a George W. Bush. Como si se tratase de una enorme conspiración de la derecha: los terroristas de Londres no podían haber hecho más, para fortalecer a los países más ricos contra las voces disidentes de Occidente y más allá, si realmente hubieran estado confabulados.

Los atentados del 7 de julio en Londres interrumpieron la mojigata conversación que mantenían el primer ministro británico, el presidente estadounidense y otros “líderes mundiales” en un lujoso centro turístico escocés sobre el calenta-

Sheila Carapico es profesora de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales en la Universidad de Richmond y pertenece al Comité de Redacción de *Middle East Report*. Este artículo fue publicado en Middle East Report Online, del Middle East Research and Information Project (www.merip.org), Washington DC. Reproducido con autorización.

Traducción: Berna Wang

La retórica del “nosotros contra ellos” relegó a un lado las manifestaciones populares contra las altas finanzas del G-8

miento global y qué hacer con esos africanos eternamente pobres. Al instante, el podio de la cumbre del Grupo de los Ocho (G-8) se convirtió en un púlpito, desde el que Blair y Bush predicaban contra el mal y reclamaban para sí el manto de los conciertos de Live 8. “Es especialmente brutal —entonó Blair— que esto haya ocurrido un día en el que la gente está reunida para intentar ayudar en los problemas de la pobreza en África, los problemas a largo plazo del cambio climático y el medio ambiente”. Su compañero estadounidense estaba de acuerdo: “Por una parte, hay gente aquí que está trabajando para aliviar la pobreza y para ayudar a librar al mundo de la pandemia del sida y que está estudiando vías para tener un medio ambiente limpio. Y por otra parte, hay gente que mata a inocentes. Y el contraste no podría ser más claro”. La moraleja de su historia es: o estás con el G-8 o estás con los terroristas.

La retórica del “nosotros contra ellos” relegó a un lado las manifestaciones populares contra las altas finanzas del G-8 y amortiguó el grito de los conciertos de Live 8, a los que asistían decenas de miles de entusiastas del rock y activistas de ciudades de todo el mundo y que eran vistos por millones de personas más. Programadas para coincidir con la cumbre y como un golpe simbólico al boato del capitalismo mundial, similar al de los atentados contra las Torres Gemelas, las explosiones silenciaron las voces que estaban en contra de la devolución forzada de la deuda y la guerra en Irak. Blair consiguió hacerse pasar por el patrocinador, en lugar del objetivo, de los activistas del alivio de la deuda. El G-8 logró así aparecer como un grupo de gobiernos civilizados que reparten magnánimamente limosna a africanos, palestinos y víctimas del sida, y no como un club de privilegiados geopolíticamente que suscita resentimiento. Otro acto de destrucción sin sentido acalló versiones alternativas y legítimas sobre qué es “Occidente” o “el mundo civilizado” y lo que debería hacer en relación con una serie de apremiantes problemas económicos y medioambientales.

No exactamente revolucionarios

Hubo una época en que las estrellas del rock pacifistas ensalzaban a los revolucionarios. En los viejos tiempos de la resistencia argelina y el Vietcong, los antecesores de los que ahora se manifestaban frente a la reunión del G-8 simpatizaban con los rebeldes. Algunas de las ideas de Jean-Paul Sartre y Frantz Fanon encontraron expresión en las canciones melódicas de Bob Dylan, John Lennon y Bob Marley. Los conciertos de rock recordaban las protestas contra la guerra y las concentraciones de protesta parecían conciertos de rock. En lo que en aquella época se llamaba análisis de la Nueva Izquierda, que sazónaba el marxismo con nacionalismo anticolonial, el Che Guevara y Ho Chi Minh eran personajes habituales; a medida que el movimiento contra la guerra fue tomando impulso, se convirtieron en héroes populares.

En la cultura pop anti-poderes establecidos, la vanguardia armada de la resistencia anti-imperialista tenía realmente poder de persuasión. Esto se debe a que los revolucionarios ofrecían un análisis convincente y persuasivo que tenía gran atractivo en diferentes continentes y culturas, que hablaba intelectualmente a afri-

canos y europeos, o a asiáticos y americanos por igual. Había una base para la solidaridad, un sentido de causa común.

Está clarísimo que Al Qaeda no es la punta de lanza de un movimiento progresista por la paz y la justicia, ni en las percepciones ni en la realidad. Osama bin Laden no es el Che Guevara, ni siquiera aunque en lugares como Honduras y Filipinas se puedan comprar camisetas en las que se le retrata como tal. No hay nada en las declaraciones de Al Qaeda ni de los demás *yihadistas* que apele a los que protestan contra el G-8, ni siquiera a las masas afroasiáticas a las que a veces dice que se dirige. De hecho, no ofrecen ninguna ideología coherente, sino sólo vacuas incitaciones ultraderechistas como “muerte a judíos y cruzados”. No hay nada romántico ni honrado en hacer estallar trenes en Londres. Ni hay la más mínima prueba de que los autores de los atentados de Londres admiren a los manifestantes o simpaticen con sus objetivos.

Al Qaeda, o cualquier grupo derivado que planificara y ejecutase estos atentados, no está iluminando el camino al alivio de la deuda africana. No está luchando por la independencia de los palestinos, iraquíes o chechenos, ni por una revolución en Arabia Saudí, ni por la libertad de los presos políticos de Egipto. No respeta ni cumple la ley islámica, tal como la interpretan quienes saben de qué trata. Son anarquistas nihilistas reaccionarios sin ninguna visión o programa positivo: incluso el objetivo de un “estado islámico” no es algo muy articulado. Quieren destruir el estado nación, el sistema mundial y la industria turística. No difunden manifiestos, son rebeldes sin nada parecido a una causa en absoluto. Dicho a la manera post-orwelliana, el medio —detonar explosivos— es el mensaje. El objetivo no es ni siquiera matar, como se dice con tanta frecuencia, sino el estremecimiento fácil de hacer mucho ruido, destrozando cosas y dejar que las audiencias horrorizadas vean el caos repetido una y otra vez por televisión. La táctica de los atentados no está dirigida especialmente contra las democracias y éstas tampoco son especialmente vulnerables, como demuestran los objetivos en Arabia Saudí, Yemen, Kenia y otros lugares. Ni, como ya se reconoce ampliamente, es ésta una operación centralizada: de acuerdo a todo lo que sabemos, los autores de los atentados de Londres intentaban dejar en evidencia a Bin Laden por su inactividad en estos últimos años. La táctica de poner bombas al azar no va a desaparecer, con independencia de si Al Qaeda pierde o no su patente.

Por otra parte, los músicos de Live 8 tampoco son exactamente unos revolucionarios. Bono y U2; Pink Floyd, reunidos especialmente para la ocasión; Paul McCartney, Stevie Wonder, Madonna, Elton John, Bon Jovi y otras estrellas con conciencia esperaban, en palabras del organizador de Live 8, el rockero irlandés Bob Geldof, que su bombardeo del mundo del espectáculo “moviese el mundo un poquito en su eje a favor de los pobres”. Su modesta misión, en la tradición de las tiritas, es mostrar, y de ese modo obtener, algo de compasión para el resto de la humanidad.

Víctimas de la “guerra global”

Pero este nuevo atentado en el corazón de Occidente limita aún más las posibilidades incluso para campañas de sensibilización como Live 8, al formular el conflicto global en términos culturales o de civilización, y no en términos económicos.

Ese conflicto, con el debido respeto a Blair y Bush, no gira en torno a la riqueza del Norte que perpetúa la pobreza del Sur, ni al G-8 que vigila al G-88, ni a ninguna cuestión material en absoluto, sino que es una lucha ideológica que enfrenta a Oriente contra Occidente y al Islam contra la cristiandad, equiparándola a una lucha de quienes aman la libertad contra quienes la odian, o del mundo civilizado contra la barbarie. Blair atribuyó los atentados de Londres a personas que “actúan en nombre del Islam”. Aunque se apresuró a añadir que la inmensa mayoría de los musulmanes del Reino Unido y otros lugares eran “decentes y respetuosos con la ley”, su atribución de una motivación religiosa sólo puede hacer que los no musulmanes se pregunten qué hay en el Islam que pueda justificar estos actos, aun cuando todos los imanes de las islas tratan de negar cualquier conexión entre el Islam y la “violencia”. Los radicales islamistas exageran su propio poder afirmando que cuentan con el respaldo de mil millones de creyentes, príncipes y pobres por igual. Por su parte, los líderes estadounidenses, británicos y rusos perpetúan esta ampliación telescópica del “otro lado” en una “guerra mundial”, porque eso los coloca como defensores del Mundo Libre contra un ejército transcontinental que está “por ahí”, en lugar de contra células dispersas de anarquistas narcisistas que están en medio de ellos mismos. Así que, incluso cuando resulta que los autores de los atentados son híbridos culturales angloasiáticos del país, como es el caso de los atacantes de Londres, ya se ha clasificado el problema como “extranjero”.

No hay pruebas de que en el norte de África, el Levante o la península arábiga las masas sigan a un grupo que se autodenomina Al Qaeda ni de que éste tenga un amplio respaldo público, mucho menos en Europa. Los partidos islamistas han florecido sobre la tierra y bajo ella en muchos países, muchas veces gracias a las campañas de sus gobiernos para hacer desaparecer lo que hace una generación era una izquierda árabe floreciente. Varios déspotas árabes se sienten amenazados por el islamismo, y es lo menos que pueden sentir, puesto que el nacionalismo y las soluciones nacionales al desafío al orden social han quedado desprestigiados gracias a Sadam Husein y los de su calaña, a las interrogantes sobre la soberanía palestina y a una gobernanza total y absolutamente horrible. Una fuerte mayoría de árabes y musulmanes comparte sin duda la indignación por la guerra de Irak, y la mayoría lamenta el apoyo ciego de Estados Unidos a Israel. Por tanto, sí, odian las políticas estadounidenses y occidentales. Pero Al Qaeda no es representativo del islamismo y sus declaraciones no están en consonancia con las de ningún partido islamista importante. Tampoco los sentimientos políticos de árabes y musulmanes los convierten en partidarios naturales de Al Qaeda y, en cualquier caso, han muerto muchos más árabes que occidentales a manos del sector salafí violento. No tiene sentido hacer aparecer a los *yihadistas* como una enorme máquina militar capaz de inspirar a masas de voluntarios y de reclutar gigantescas infanterías, comparable al Tercer Reich o al comunismo.

Si la perspicacia es la primera víctima de esta cuasi guerra, el humanitarismo es la segunda. A quienes forjarían alianzas Norte-Sur, cuestionarían la tiranía económica del G-8 o se manifestarían contra el hambre en el mundo sólo les queda ponerse a la defensiva después de recuperarse, apenas, del golpe que representaron los atentados del 11 de septiembre. Los eslóganes islámicos de

los sitios web *yihadistas*, la reacción política, especialmente en Estados Unidos, y la incapacidad de los especialistas progresistas y arabistas para difundir un análisis más preciso de los problemas que afronta el mundo en el siglo XXI, hacen que una gran parte de la opinión pública europea y americana no pueda identificarse con árabes o musulmanes ni sentir simpatía por ellos. Por el contrario, comentarios como los de Thomas Friedman, que afirma que “sólo el mundo musulmán puede erradicar [este] culto a la muerte”, insinúan de nuevo que hay una responsabilidad panislámica por la pérdida de vidas occidentales inocentes. La confiada, si bien totalmente errónea, afirmación de Friedman de que “hasta la fecha —hasta la fecha— ningún líder u órgano religioso musulmán importante ha emitido nunca una fetua para condenar a Osama bin Laden”, arroja más calor que luz. Mientras tanto, los especialistas que escriben con conocimiento de causa sobre los árabes y el Islam, pero no sobre el terrorismo, quedan expuestos a ser considerados sospechosos de simpatizar con el enemigo e incluso de ser sus cómplices.

Un revés

Cuando concluyó la cumbre del G-8, Blair, que solía representar a un Partido Laborista con conciencia social e inclinado hacia la izquierda, anunció que los préstamos y la asistencia técnica de los países más ricos del mundo a África subirían hasta alcanzar la cuantiosa cifra de 50.000 millones de dólares hasta 2010. Al mismo tiempo que recordaba a los africanos que ellos son los únicos responsables de su empobrecimiento y deben salir de él por sus propios medios, prometió también futuros recortes en las subvenciones agrícolas masivas que los gobiernos del G-8 utilizan para fertilizar la agricultura nacional, violando sus propios mantras sobre el libre mercado y a expensas de los agricultores de los países pobres. Cincuenta mil millones de dólares parece una cantidad respetable hasta que se divide entre cinco años y entre tres decenas de países, o hasta que se la compara con los 82.000 millones de dólares que el Congreso de EE UU asignó en mayo a la prosecución un año más de las guerras estadounidenses en Irak y Afganistán. En cualquier caso, es mucho menos de lo que esperaban los activistas, y todo el mundo sabe que las promesas no son asignaciones presupuestarias ni reducciones de subvenciones. Los asistentes a la cumbre reconocieron que el calentamiento global podría ser un problema, pero se doblegaron al temor de la Administración Bush de que cualquier medida pudiera interferir en la creación de riqueza dentro de la economía más rica del mundo.

Es demasiado pronto para saber si la opinión pública británica va a responder, como hicieron los españoles después de los atentados de Madrid de marzo de 2004, culpando al gobierno que permitió que ocurriera algo así. Las reacciones iniciales indican que, por el contrario, la empañada imagen pública de Blair podría recuperar su brillo, como sucedió con la de Bush después del 11 de septiembre de 2001. El propio Bono bendijo las promesas de ayuda africana de Blair al decir que “el mundo ha hablado y los políticos han escuchado”. Para que luego digan de la disidencia liberal hacia la política sobre la pobreza del G-8.

*No hay
pruebas de
que en el
norte de
África, el
Levante o la
península
arábiga las
masas sigan a
un grupo
que se
autodenomina
Al Qaeda*

Parece que la muerte y la destrucción en el centro de Londres ya han hecho más estricta la gestión egoísta y central del capitalismo mundial a nivel del G-8, y han apuntalado el estado de seguridad nacional reaccionario tanto dentro de Estados Unidos como en el Reino Unido. También eliminaron las voces británicas, estadounidenses e internacionales que pedían un sentido de la justicia y de la imparcialidad más auténticamente global. Juntos, la violencia y la respuesta retórica siembran la desconfianza y temores “raciales” en Occidente, así como entre Oriente y Occidente, reforzando el nativismo y racionalizando el repliegue de las libertades civiles. Los atentados del 7 de julio fortalecen en última instancia, en lugar de debilitar, a los centros de poder del sistema mundial que aparentemente representan sus objetivos. Este episodio, como los atentados del 11 de septiembre y los de Madrid, son un revés para la causa de la paz y la justicia.

Para una refutación de la afirmación de Thomas Friedman de que no se ha emitido ninguna fetua contra atentados como los de Londres, véase la lista de declaraciones recopilada por Charles Kurzman, profesor de Sociología de la Universidad de Carolina del Norte-Chapel Hill: <http://www.unc.edu/~kurzman/terror.htm>

Charles Kurzman escribe: “¿Tiene Thomas Friedman razón al decir que ningún religioso musulmán destacado ha emitido ‘ni una sola’ fetua contra Osama bin Laden o los atentados de Al Qaeda? ¿Tiene razón también cuando da a entender que los líderes religiosos musulmanes no han condenado el terrorismo de Al Qaeda? Seamos precisos. Una fetua es una respuesta erudita islámica a la petición de una opinión erudita sobre cualquier tema que quepa imaginar. Históricamente, un muftí (etimológicamente, el que emite una fetua) es distinto de un cadí, es decir, un juez nombrado por el estado cuyas sentencias son vinculantes para el estado y que éste ha de hacer cumplir. Por el contrario, una fetua no es vinculante para nadie, salvo que alguien decida obedecer o sea obligado por sus vecinos a obedecer. El poder de una fetua se basa principalmente en la reputación del autor dentro de la comunidad de los musulmanes que le consideran una autoridad. Como demuestra la lista de declaraciones, sí hubo una fetua contra los atentados del 11 de septiembre de 2001, emitida por un grupo de religiosos suníes, entre los que figuraba el conocido jeque Yusuf al-Qaradawi, en respuesta a una pregunta del máximo capellán musulmán de las fuerzas armadas estadounidenses. Es más: contra la insinuación de Friedman de que los religiosos musulmanes han guardado silencio sobre el terrorismo, la lista demuestra que son bastante categóricos. ¿Contribuiría la emisión de más fetuas y declaraciones a poner fin a los atentados de Al Qaeda, como sugiere Friedman? No necesariamente. Parte de lo que distingue a la rama radical del Islam suní que profesan los radicales de Al Qaeda es precisamente su rechazo a la autoridad de los dirigentes religiosos. (Para más información sobre el islamismo radical y de otro tipo, ver Charles Kurzman, “Bin Laden and Other Thoroughly Modern Muslims”, *Contexts*, 4/1, invierno de 2002, en: http://www.contextsmagazine.org/content_sample_v1-4.php)